

nacion al fijarse en esta señal de la ira concentrada en aquella inmensa masa; otras, algunas voces aisladas, algun apóstrofe insultante ó algun sarcasmo atroz que se manifestaba en una risa tan feroz como las palabras que la habian producido, salian del seno de la multitud; tambien se oian de vez en cuándo algunos murmullos repentinos y multitud de voces confusas, cuyo sentido no podia percibirse con claridad, pero á las que respondian los gritos de *¡Viva la nacion! ¡Vivan los sans-culottes! ¡Abajo el veto!* Este tumulto era tan atroz, que se percibia distintamente en el salon del Picadero, donde se hallaba reunida en este momento la Asamblea legislativa. La cabeza se paró á las puertas de la sala, las columnas inundaron el patio de los Fuldenses, el del Picadero y todas las avenidas del salon. Aquellos sitios, que ocultaban entónces el terraplen del jardin, ocupaban el espacio libre que se ve hoy entre el jardin de las Tullerías y la calle de San Honorato, arteria central de Paris. Cuando esto sucedia era ya mediodía.

VI

Röederer, síndico procurador del directorio departamental de Paris, funcion que correspondia en 1792 á la de prefecto, estaba en aquel momento en la barra de la Asamblea. Partidario de la Constitucion, pertenecia á la escuela de Mirabeau y de Talleyrand, y era enemigo acérrimo de la anarquía, estando dotado al mismo tiempo del valor suficiente para confesarlo así en alta voz. Hallaba este hombre en la Constitucion un punto de conciliacion entre su fidelidad al pueblo y su lealtad hácia el rey, y queria defender aquella Constitucion con todas las armas legales que la sedicion no habia utilizado todavía. «Grupos armados—dijo desde la barra—amenazan violar la Constitucion y forzar el recinto de la Representacion nacional y la misma mansion del rey. Los partes de esta noche son alarmantes. El ministro del Interior nos pide que enviemos tropas sin retardo para defender el palacio. La ley prohibe las reuniones armadas, pero entre tanto siguen adelantándose hácia aquí las turbas amotinadas. A voz en grito están pidiendo que se les deje entrar aquí. Si dais el ejemplo de admitirlas en vuestro seno, ¿qué va á ser la ley en adelante en nuestras manos? Vuestra indulgencia al derogarla hará que se estrelle toda fuerza pública en manos de los magistrados. Pedimos que se nos encargue que cumplamos con todos nuestros deberes, que se nos deje la responsabilidad y que no se nos disimule en lo más mínimo la obligacion que tenemos de morir por sostener la tranquilidad pública.» Estas palabras, dignas del canceller L'Hopital ó de Mateo Molé, fueron acogidas con frialdad por la Asamblea y escarnecidas por los cuchicheos y fingidas risas de las tribunas. Vergniaud las saluda hipócritamente y les hace callar.

«Sí,—dice el orador, á quien otro motin debia arrancar de la tribuna al año siguiente,—sin duda que hubiéramos hecho quizá mejor en no recibir aquí hombres armados, porque si hoy el civismo conduce aquí á los buenos ciudadanos, la aristocracia puede conducir mañana á sus genízaros. Pero el error que hemos cometido nosotros autoriza el error del pueblo. Las reuniones formadas hasta aquí parecian estar autorizadas por el silencio de la ley. No se me oculta que en la ocasion presente los magistrados os piden fuerzas para contenerlas; pero ¿qué debeis hacer en unas circunstancias como las en que nos hallamos? Yo creo que sería muy

riguroso que fuéreis inflexibles respecto á una falta cuyo principio se halla en vuestros mismos decretos, y creo tambien que sería un agravio para los ciudadanos que reclaman ahora que les dejéis presentarse ante vosotros el suponerles malas intenciones. Dicen que el objeto de esta reunion es presentar una peticion en palacio; yo no puedo figurarme que los ciudadanos que están ahí fuera reunidos pidan ser introducidos con armas á la presencia del rey, y pienso tambien que, conformándose con las leyes, irán desarmados á palacio como unos simples peticionarios. En consecuencia, pido que todos los ciudadanos que están reunidos para desfilar delante de nosotros sean admitidos inmediatamente.»

Indignados Dumolard y Ramond al ver tanta perfidia y tanta bajeza en aquellas palabras, se opusieron enérgicamente á la debilidad ó complicidad de la Asamblea. «El mejor homenaje que podeis tributar al pueblo de Paris—dijo Ramond—es hacerle obedecer sus propias leyes. Pido que los ciudadanos depongan las armas ántes de ser admitidos en vuestra presencia.» «¿Qué estais hablando de desobediencia á la ley,—le respondió Guadet,—cuando tan á menudo la habeis derogado vosotros mismos? Cometeriais una gran injusticia en acriminar al pueblo, y os pareceriais á aquel emperador romano que, para encontrar más criminales, hizo escribir las leyes en caracteres tan difíciles de entender, que nadie podia leerlos.»

La diputacion de los amotinados entró al oír estas últimas palabras, en medio de los aplausos y de los gritos de indignacion que se oian casi por iguales partes en la Asamblea.

Huguenin, orador de la diputacion, lee la peticion redactada en Charenton. Declara que la ciudad está alerta en la ocasion presente, y dispuesta á emplear medios extremos para vengar la majestad del pueblo. Deplora, sin embargo, la necesidad de empapar sus manos en sangre de los conspiradores. «Mas ha llegado la hora,—dice aparentando resignarse á combatir,—y correrá sangre; los hombres del 14 de Julio, aunque lo parezca, no están dormidos; la salida de su letargo será terrible: hablad y nosotros obrarémos. El pueblo está ahí para juzgar á sus enemigos. ¡Escojan éstos entre Coblenza y nosotros! ¡Libren de su presencia la tierra de la libertad! En cuanto á los tiranos, ya los conoceis; el rey no está de acuerdo con nosotros, y la prueba es que se ha deshecho de los ministros patriotas y que deja nuestros ejércitos en la inaccion. La cabeza del pueblo, ¿no vale tanto como la de los reyes? ¿Debe correr impunemente la sangre de los patriotas sólo por satisfacer el orgullo y la ambicion de ese pérfido palacio de las Tullerías? Si el rey no obra, suspendedle; un hombre solo no puede poner trabas á las voluntades de veinticinco millones de ciudadanos. Si aún le mantenemos en su puesto por consideracion, es para que desempeñe los deberes que la Constitucion le impone. Si se separa de ellos, ya no es nada. ¿Y qué ha hecho el tribunal supremo de Orleans? ¿Dónde están las cabezas de los culpables á quienes debia herir? ¿Se nos obligará á que nos hagamos justicia por nuestra mano?»

Estas siniestras palabras consternaron á los constitucionales é hicieron sonreír á los girondinos. Sin embargo, el presidente respondió con una firmeza que no fué apoyada por sus colegas, y la Asamblea decidió que el pueblo de los arrabales fuese admitido á desfilar armado por delante de la Asamblea.

Apénas votado el decreto, se abren las puertas á los treinta mil peticionarios. Durante este largo desfile, la música toca canciones demagógicas, la *Carmañola* y

el *Ca ira*, verdadero paso de ataque de los motines. Unas mujeres armadas con sables los blanden mirando á las tribunas, que responden con un palmoteo general á aquellas señales; estas mujeres bailan delante de una mesa de piedra en que están escritos los derechos del hombre, á la manera que los israelitas bailaban en torno del tabernáculo. Los pedazos de calzones llevados como trofeos, la guillotina y la horca, en la que está colgada la figura de la reina, atraviesan impunemente la Asamblea. Unos diputados aplauden, otros apartan la cabeza por no ver aquel repugnante espectáculo, algunos se tapan la cara con las manos, y otros más valientes se lanzan hácia el hombre que lleva el *corazon goteando sangre*, y fuerzan á aquel miserable, valiéndose unas veces de súplicas y otras de amenazas, á que se retire con su emblema de asesinato. Parte del pueblo mira aún con respeto el recinto que está profanando, otra parte apostrofa al pasar á los representantes de la nacion y se goza al verlos envilecidos. El ruido de aquellas armas extrañas, el de los zapatos claveteados, el de los zuecos, los chillidos de los niños y de las mujeres, los gritos de *Viva la nacion!* y el sonido de los instrumentos, todo esto forma un ruido infernal que atonta y deja sordos á cuantos lo escuchan. El aspecto de la miseria contrasta con los lujosos mármoles, estatuas y demas adornos de aquel recinto. Los miasmas corrompidos que exhala esta hez del pueblo en su continua agitacion, infectan el aire y no dejan respirar. Hasta despues de las tres no concluyó el desfile. El presidente se apresuró á suspender la sesion, esperando que muy pronto tuviesen lugar los mayores excesos.

VII

Unas fuerzas imponentes aparentaban estar dispuestas en los patios de las Tullerías y en el jardin para defender la morada del rey contra la invasion de los arrabales. Tres regimientos de infantería de línea, dos escuadrones de gendarmaría y varios batallones de la guardia nacional con su correspondiente artillería, eran los que estaban destinados á la defensa del regio alcázar. Aquellas tropas indecisas minadas por la sedicion, no eran sino una fuerza aparente con la cual no se podia contar. Los gritos de *Viva la nacion!*, los gestos amistosos de los insurrectos, la vista de las mujeres que ofrecian sus brazos á los soldados desde el otro lado de las verjas, y la presencia de los oficiales municipales que manifestaban en sus posturas y ademanes una indiferencia desdeñosa hácia el rey, todo esto enfriaba el sentimiento de resistencia en el corazon de aquellas tropas, que veian en ambas partes el uniforme de la guardia nacional. Entre el pueblo de Paris que tenia los mismos sentimientos que ellos, y el palacio en donde les decian que se abrigaban todas las traiciones, no sabian ya discernir en dónde estaba el deber. En vano fué que Mr. Roederer, firme órgano de la Constitucion, así como algunos oficiales superiores de la guardia nacional, tales como Mrs. Acloque y de Romainvillers, les presentasen el texto abstracto de la ley que les mandaba rechazar la fuerza con la fuerza. La Asamblea les daba el ejemplo de la complicidad; Petion se ocultaba por evitar su responsabilidad; el rey, inmóvil, se refugiaba en su inviolabilidad, y por consecuencia, las tropas, abandonadas á sí mismas, no podian tardar en desahacerse ante la amenaza ó la seduccion.

En lo interior de palacio estaban unos doscientos caballeros que habian acu-



THEROIGNE DE MERICOURT

(La hermosa Liegesa).

dido al saber el peligro en que se hallaba el rey, á cuya cabeza se encontraba el anciano mariscal Mouchy. Estos eran más bien unas víctimas voluntarias del antiguo honor frances, que unos defensores útiles á la monarquía. Temiendo excitar estos caballeros las sospechas de la guardia nacional y de las tropas, estaban escondidos en los aposentos de palacio, más dispuestos á morir que á pelear. Como iban sin uniforme, escondian sus armas debajo de los trajes que llevaban, razon por la cual se les llamó caballeros del puñal para designarlos al odio popular. Llegados poco ántes en secreto de sus provincias para ofrecer una adhesion desesperada á su desgraciado señor, desconocidos los unos de los otros y provistos únicamente de una tarjeta para poder entrar en palacio, acudian allí en los dias de peligro, y aunque su número debia llegar hasta diez mil, sólo eran doscientos los que componian esta reserva de la fidelidad. Estos hombres cumplian con su deber sin reparar lo que arriesgaban, y vengaban de este modo á la nobleza francesa de las faltas y abandonos de la emigracion.

Los grupos, al salir de la Asamblea, habian marchado en columna cerrada hácia el Carrousel. Santerre y Alejandro, á la cabeza de sus respectivos batallones, dirigian el movimiento. Otra masa compacta seguia por la calle de San Honorato. Los restos del motin, separados del cuerpo principal, llenaban los patios del Picadero y de los Fuldenses y trataban de abrirse paso desembocando violentamente por una de las salidas que desde aquellos patios se comunicaba con el jardin. La verja de esta salida estaba defendida por un batallon de la guardia nacional. La debilidad ó la condescendencia de un oficial municipal franqueó este paso; el batallon se replegó y fué á tomar posición bajo las ventanas de palacio. La turba atravesó el jardin en direccion oblicua, y al pasar por delante de los batallones les saludó con el grito de *¡Viva la nacion!* y les invitó á que quitasen las bayonetas del fusil. Inmediatamente cayeron éstas al suelo. Los amotinados se escurrieron entonces por la puerta del Puente Real, y fueron á replegarse detras de los portillos del Carrousel que cerraban esta plaza por la parte del Sena. La guardia de estos portillos cedió tambien, y despues de haber dejado pasar cierto número de sediciosos, volvió á cerrar los portillos. Aquellos hombres, acalorados por la marcha, por los cánticos, por las aclamaciones de la Asamblea y por la embriaguez, se diseminaron dando aullidos por todos los patios de palacio. Corren entonces como unos furiosos hácia las puertas principales, sitian los cuerpos de guardia que las defienden y llaman á sus camaradas de fuera, procurando entre tanto forzar la Puerta Real, que empieza ya á rechinar sobre sus goznes. El oficial municipal Panis la manda abrir. El Carrousel está forzado ya, y las masas vacilan por un momento ante las piezas de artillería apuntadas contra ellas y ante los escuadrones de la gendarmería formados en batalla. Saint-Prix, comandante de artillería, que se hallaba separado de las piezas por un movimiento de la multitud, envia orden á su segundo para que se replegue sobre la puerta de palacio. Este oficial se niega á obedecer. «El Carrousel está forzado,—dice en alta voz,—es preciso forzar tambien el palacio. ¡A mí, artilleros! ¡Ved ahí al enemigo!» Al decir esto señala á las ventanas del cuarto del rey y vuelve sus piezas contra palacio. Desmoralizadas las tropas con esta desercion repentina de la artillería, permanecen en batalla; pero quitan el cebo á los fusiles delante del pueblo en señal de fraternidad, y dejan libres todos los pasos á los sediciosos.

El comandante de la guardia nacional, que habia presenciado aquella escena, grita desde el patio á sus granaderos, á quienes ve en las ventanas del salon de Guardias, que cojan las armas y vayan á defender la escalera. Estos, en vez de obedecer, se salen de palacio por la galería que está al lado del jardin. Santerre, Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge se arrojan entónces precipitadamente sobre las puertas de palacio. Los hombres más temerarios y más fornidos de su comitiva se engolfan en la bóveda que conduce del Carrousel al jardin, separan violentamente á los artilleros, se apoderan de una de las piezas, la arrancan de la cureña y la llevan á brazo hasta el salon de los Guardias, situado en lo alto de la escalera principal. Envalentonada la turba con este prodigio de fuerza y de audacia, inunda la sala y se desparrama á manera de un torrente impetuoso por todas las escaleras y corredores de palacio. Todas las puertas rechinan ó son forzadas por la multitud, que tambien derriba algunas á hachazos. Entónces busca dando descompasados gritos la del cuarto del rey, de la que ya no le separa sino otra puerta, próxima á venir al suelo, cediendo á los esfuerzos de las palancas con que se trata de derribarla y á los golpes que dan con las picas los sitiadores.

VIII

El rey, que confiaba en las promesas de Petion y en las numerosas fuerzas que custodiaban el palacio, habia visto sin inquietud la marcha de aquel tropel.

El asalto repentino dado á su habitacion le habia sorprendido cuando más seguro se conceptuaba. Retirado con toda su familia á los aposentos interiores que daban al jardin, oia á lo léjos el alboroto que movian aquellas masas, sin poderse figurar que llegasen á penetrar hasta donde él estaba. Las voces de sus criados que huían asustados en todas direcciones, el ruido de las puertas al caer rotas en el suelo, y los aullidos del tropel que se aproximaba, llenan de espanto á la familia real. El rey, confiando con una señal la reina, su hermana y sus hijos á los oficiales y mujeres de su casa que les rodeaban, se lanza solo en la sala del Consejo en cuanto oye aquel formidable estruendo. Allí encuentra al fiel mariscal Mouchy, que no se cansa de ofrecer los últimos dias de su larga vida á su señor; á Mr. de Hervilly, comandante de la guardia constitucional de caballería, licenciada unos cuantos dias ántes; al generoso Acloque, comandante del batallon del arrabal de San Marcelo, que, revolucionario moderado en un principio y vencido despues por las virtudes privadas de Luis XVI, era á la sazón fiel amigo suyo y deseaba ardentemente morir en su defensa. Hallóse allí con tres valientes granaderos del batallon del arrabal de San Martín, llamados Lecrosnier, Bridaut y Gossé, únicos que habian permanecido en su puesto en la desercion general, y que buscaban al rey para cubrirle con sus bayonetas, como hombres del pueblo de corazón sencillo y extraños á la corte, á quienes un mismo sentimiento de deber y de afecto reunía, no defendiendo sino al hombre en el rey.

En el momento en que entraba el rey en aquella sala, las puertas de la pieza contigua, llamada sala de los Nobles, cedían á los esfuerzos de los amotinados. El rey se presentó animoso delante del peligro, y los cuarterones de la puerta cayeron á sus piés. Multitud de hierros de lanza puestos al cabo de unos palos, así como tambien gran cantidad de picas, asomaron inmediatamente por aquella aber-

tura. Mil gritos furiosos acompañaban el ruido de los hachazos que daban para echar la puerta abajo. Entónces el rey, con voz serena, mandó á sus dos ayudas de cámara Hue y Marchais que abriesen las puertas. «¿Qué puedo yo temer en medio de mi pueblo?» — dijo el príncipe dirigiéndose con osadía hácia los sitiadores.

Estas palabras, este movimiento hácia adelante, la serenidad de su rostro y el respeto guardado por tantos siglos á la sagrada persona del rey, suspenden el ímpetu de los primeros agresores. Parece que dudan en atravesar aquel umbral que acaban de forzar, y aprovechando aquel momento de vacilacion, el mariscal Mouchy, Acloque, los tres granaderos y los dos ayudas de cámara hacen retroceder al rey algunos pasos y se colocan entre él y el pueblo. Los granaderos calan bayoneta é imponen respeto á la multitud por un instante; pero ésta va engrosando por momentos y empuja dentro de la sala á los que aún estaban en el umbral de la puerta. El primero que entra es un hombre mal vestido, que lleva los brazos desnudos y que mira como un loco á todas partes, echando espumarajo por la boca. «¿Dónde está *Veto?*» — dice, presentando al pecho del rey un palo en cuyo extremo hay un aguijon. Uno de los granaderos separa con su bayoneta el palo y el brazo de aquel energúmeno. El facineroso cae á los piés del ciudadano, y aquel acto de energía impone á los alborotadores, que pasan por encima del caído. Las picas, las hachas y los cuchillos bajan hácia el suelo ó se separan, y la majestad real recobra su imperio por un momento. Aquella turba se contiene por sí misma, y se mantiene á cierta distancia del rey, en una actitud que más que furor indica una curiosidad brutal.

Algunos oficiales de la guardia nacional que habian acudido al saber el peligro que amenazaba al rey, se reunieron á aquellos bizarros granaderos y lograron separar un poco la multitud que rodeaba á Luis XVI. Este, que no piensa en otra cosa que en alejar al pueblo del aposento en que habia dejado á la reina, hace cerrar tras sí la puerta de la sala del Consejo. En seguida arrastra á la multitud hasta el gran salon llamado de la Claraboya, so pretexto de que por ser más grande podrá contener mayor número de ciudadanos que le vean y le hablen. Lo consigue, y al verse rodeado de aquella frenética turba cuyas armas amenazan su cabeza, se felicita porque es el único que está expuesto de toda su familia. Mas al volverse de repente por un movimiento involuntario, ve á su hermana madama Isabel que le tiende los brazos y quiere precipitarse hácia él.

Esta señora se habia escapado de manos de las damas, que no dejaban salir á la reina y á sus hijos de la alcoba del rey. Madama Isabel amaba á su hermano hasta la adoracion, y queria morir á su lado. Para no separarse jamás de él habia renunciado al amor, á pesar de ser de una belleza angelical unida á una piedad ejemplar. Al ver entrar en la sala á aquella señora despeinada, derramando copiosas lágrimas, y que dirigia sus brazos hácia el rey, con un rostro desencajado en el que se notaba la expresion de una desesperacion sublime, algunas mujeres del arrabal gritaron: «¡La reina! ¡la reina!» Pronunciar este nombre en aquel momento equivalia á una sentencia de muerte. Algunos de aquellos energúmenos levantaron las armas y se dirigieron hácia la princesa para asesinarla; pero habiéndoles hecho ver algunos oficiales de palacio el error en que estaban y quién era aquella señora, el nombre respetado de madama Isabel fué lo suficiente para que se les cayesen las armas de las manos. «¡Ah! ¿Qué es lo que haceis?» — exclamó la princesa. —